

No tan fieros: lo que cuentan las cartas de los soldados romanos

Los legionarios pedían a su familia que les enviara ropa, sentían añoranza y reclamaban más cerveza. Ah, y cobraban poco.



Henri Motte: 'La rendición del caudillo galo Vercingetorix a las tropas de Julio César tras la batalla de Alasia, 52 aC

Getty Aurelius Polion se siente como un miserable. Seis cartas ha enviado ya a su familia, sin haber obtenido contestación, y le consta que las han recibido. “Mientras estoy lejos, en Pannonia, me tratáis como a un extraño”. Sólo quiere saber que están bien, pero, sobre todo, que no le han olvidado. Aurelius Polion fue un legionario romano que vivió hace unos 1800 años, y parece claro por sus cartas y las de sus compañeros que sus preocupaciones eran similares a las nuestras, cómo llegar a fin de mes, cómo van las cosas en casa, me echáis de menos, envíame calcetines que hace frío y haz que los niños estudien. En suma, recuerdan más a los pobres centuriones de Asterix que a la épica de Hollywood.

Como en el siglo XIX

Los soldados, a veces a miles de kilómetros de sus casas, preguntan por su familia, por la cosecha, envían saludos a los vecinos y piden a los niños que estudien. La Historia se escribe en las declaraciones y tratados, pero las historias se revelan en las notas, diarios, recibos, documentos sin aparente importancia pero que hablan con más verdad que reyes, embajadores y estadistas. Un ejemplo son las cartas que los soldados romanos enviaron a familiares y amigos desde los lugares, a veces a miles de kilómetros, donde los habían destinado. Durante mucho tiempo casi ignoradas, en la acepción de “desatendidas” de la palabra, son consideradas ahora valiosos testimonios de un pasado ni tan lejano ni tan diferente, al menos en lo que a la esencia humana se refiere, y a sus trabajos. Y a sus sentimientos.



Carta de Octavio a Candido en la que se queja de la informalidad de los clientes del negocio de ambos

“No he dejado de escribiros, pero vosotros no me tenéis presente. Yo cumplo con mi parte escribiendo siempre y no dejo de pensar en vosotros y os llevo en mi corazón. Vosotros no me escribís ni me contáis cómo estáis, o qué tal vuestra salud”.

Cualquiera puede identificarse con el sentimiento de abandono cuando se está lejos de casa, donde la vida parece seguir ajena a nuestra falta.

Tal vez la insistencia epistolar del un poco llorón Aurelius Polion, soldado de la Legio II Adiutrix en la actual Hungría, se debiera a la cultura escrituraria de su Egipto natal, donde papiros y escribas abundaban tanto como las momias, pero al final acaba suplicando una respuesta a: su padre Aphorisos, su tío Atesio, su hija, su marido Orsinouphis y los hijos de la hermana de su madre, Xenophon y Ouenophis. Muy desesperado debía estar el legionario para mentar incluso a su cuñado.

“No he dejado de escribiros, pero vosotros no me tenéis presente. Yo cumplo con mi parte escribiendo siempre y no dejo de pensar en vosotros y os llevo en mi corazón. Vosotros no me escribís ni me contáis cómo estáis, o qué tal vuestra salud” Aurelius Polion

No muy lejos de las Pirámides, en el desierto de Judea, Gaius Messius, se quejaba de que, después de hacer frente a todos los pagos, no le había quedado ni un denario de su salario el mismo día de recibirlo. Messius, cuyo apellido parecería remitir a Messi en latín, se encontraba en las antípodas del creso futbolista cuando en un escrito consignó que después de recibir el estipendio establecido (50 denarios), hubo de pagar al propio ejército 16 denarios de cebada, 20 de comida, 5 denarios por unas botas, 2 denarios por unas correas de cuero y 7 denarios por unas túnicas de lino. Es curioso, ya hace 1900 años los sueldos no

llegaban a cubrir las necesidades. Por eso el soldado Claudius Terentianus, destinado en Alejandría, pedía a su padre en Karanis a principios del siglo II que “si está de acuerdo, me envíe desde allí unas botas bajas y un par de calcetines de fieltro”.



Retrato de Terentius Neo y su esposa, en las ruinas de Pompeya. Ella lleva una tableta para escribir y un lápiz y él un papiro.(Photo by CM Dixon/Print Collector/Getty Images)

Que el salario de los soldados era excesivamente bajo debe ser cierto, porque aparecen numerosas alusiones al tema en las tabletas de Vindolanda. Se trata de un conjunto de 1300 tablas encontradas en uno de los fuertes junto a los que en 122 dC se construiría el muro de Adriano en Britannia, de las que ya se han traducido más de 750 y que aportan una información impagable sobre la vida de los soldados y sus familias cuando en el fuerte estaban desplegadas las legiones IX Batavorum y III Batavorum, alrededor de los años 92-103 dC.

Escritas en latín con letra cursiva romana en madera nativa, roble, abedul y aliso, y del mismo tamaño que una postal moderna, junto a ellas se encontraron también cientos de “bolígrafos”, plumillas de hierro sujetas en un mango hueco de madera. Tal verborrea nos indica primero que existía un alto nivel de alfabetización, y segundo que los legionarios tanto que a que batallar se dedicaron intensamente a la

escritura, quién lo hubiera dicho.

*"Te ruego padre, si lo apruebas, que me envíes dos botas de cuero y un par de calcetines de fieltro.
Las botas con botones no valen para nada, me proveo de calzado dos veces al mes"*

Claudius Terentianus

La incontinenencia epistolar ha dejado constancia, decimos, de lo mal pagada que estaba la Legión y de lo espabilados que se estaban volviendo las huestes romanas. "Te he enviado (...) pares de calcetines de Sattua, dos pares de sandalias y dos pares de calzoncillos". El soldado en cuestión, anónimo, debió ponerse muy contento al recibir el paquete familiar, porque por otro listado sabemos que una toalla costaba dos denarios y una capa cinco denarios, una buena suma.



Una pluma de la época romana. La punta solía ser de hierro de buena calidad, a veces decorada, fabricada por un herrero, encajada en un tubo de madera.

En lugar de gastarse los dineros en suministros del ejército o productos locales, los soldados piden a sus familias que les envíen subuclae (chalecos), abollae (capas gruesas y pesadas), subiblaría (calzoncillos), caligae (botas bajas), calcetines y sandalias, una combinación que se justifica por el tiempo, de los que uno de los escritores nos ofrece una información: "el cielo está oscurecido por la lluvia y las nubes constantes". El clima de Britannia sigue siendo estupendo... para el césped.

Las cartas nos informan de muchos de esos negocios, y de nuevo sustituyendo denario por euro vemos que poco ha cambiado desde entonces, por ejemplo, la informalidad de algunos contratistas. Los hermanos Octavius y Candidus intercambiaron numerosa correspondencia sobre sus múltiples negocios, desde grano a pieles; en una de las misivas Octavius se queja a Candidus: "un compañero de mesa de nuestro amigo Frontius ha estado aquí. Quería que le reservara algunas pieles, le dije que se las daría antes de las Calendas de marzo. Decidió que vendría a los Idus de enero. No apareció, ni se tomó la molestia de decirme

que ya tenía las pieles”.

De Claudius Terentianus a Claudius Tiberianus

El ejército desde dentro

Claudius Terentianus no era un personaje destinado a pasar a la historia. Nacido en Egipto, se alistó en el ejército romano sobre el 110 aC, y desde sus diferentes destinos mantuvo una frecuente, para la época, correspondencia con su padre, Claudius Tiberianus, antiguo soldado él mismo, asentado en Karatis. Esas cartas, escritas en papiros, son las que han procurado al humilde guerrero la inmortalidad. Son célebres sus lamentaciones sobre la vida militar, que intercala concuestiones más domésticas, como la ropa que necesita que le envíen o los regalos que ha remitido él a su familia: "Te he enviado por Martialis una bolsa bien cosida, en la que van dos mantas, dos capas, dos toallas y dos coberturas de lino". Sus descripciones, prolijas en detalles, de estos envíos contienen información muy valiosa sobre la vida en el ejército y, sobre todo, sus personajes, soldados de a pie ignorados por los libros. En una de las misivas cuenta como un compañero le ha robado la capa que su padre le había enviado, y le conmina a que en futuras remesas "ponga una dirección en todo y una descripción física escrita para mi a fin de evitar cambios durante el transporte".

Nada nuevo, como tampoco lo es el tráfico de influencias y contactos. Flavius Cerialis, prefecto de la IX Batavorum sobre el 97 dC, era por su cargo un hombre influyente, así que recibía peticiones de este estilo: "Brigionus me ha pedido, señor, que se lo recomiende, por ello le pregunto si estaría dispuesto a apoyarlo. Le pido recomendarlo a Annius Aquester, el centurión a cargo de la región de Luguvalium, lo que me pondrá en deuda con usted, tanto en su nombre como en el mío". Otras veces es Cerialis quien pide un favorcillo a un tal Crispinus para progresar: "Saluda a Marcelo, el hombre más distinguido, mi gobernador. Ofrece una oportunidad para los talentos de tus amigos (...) de la forma que desees, cumple lo que espero de ti". Ahora se entiende porqué operaciones como la Púnica han recibido un nombre romano...



Carta de Claudia Severa a su hermana Sulpicia Lepidina invitándola a su fiesta de cumpleaños

Pero la mayoría de las cartas constituyen un ir y venir de noticias entre los soldados y sus familias, un intercambio del que dependía la solidez de las relaciones, teniendo en cuenta que la estancia en el ejército

se prolongaba 20 o 25 años. Volvamos a Egipto; en Karanis, a unos 75 kilómetros de El Cairo, se localizó una misiva muy representativa de una correspondencia entre un matrimonio. Una mujer, Apollonous, se dirige a su esposo, Julius Terentius, a quien desea, ante todo, buena salud.

A continuación, las noticias, que tanto ella como los niños están bien, que estos asisten a clase con una maestra y que la renta y semilla están disponibles, sin duda noticias tranquilizadoras para el lejano marido. Y concluye: “con respecto a tus campos, he perdonado a tu hermano 2 atabas de renta, de modo que he recibido de él 8 atabas de trigo y 6 atabas de semillas de hortalizas. No te preocupes por nosotros, y cuidate tú. Me dijo Termouthas que te has comprado un par de cinturones; me alegro mucho. Y con respecto a los olivares, ¡qué buenos frutos están dando hasta ahora!”.

[Isabel Gómez Melenchón](#)